

**José Rivera Ramírez**



**EL ESPÍRITU SANTO**



## INDICE

El Espíritu Santo, persona divina	3
La fe en el Espíritu Santo	4
Aliento del Padre y el Hijo	5
Última persona divina en revelarse	6
Su acción en el Antiguo Testamento	8
Acoger al Espíritu personalmente	9
¿Qué significa ser templos del Espíritu Santo?	10
Amabilidad y amor del Espíritu Santo	13
Vías para conocer su acción en nosotros	17
El pecado contra el Espíritu Santo	18
La acción y revelación del Espíritu en Jesucristo	19
Jesús, Roca de donde mana el Espíritu	20
Su actividad en la Iglesia	22
La “instintividad espiritual” de la acción del Espíritu	24
Los dones del Espíritu Santo	26

**¡GLORIA A DIOS!**



## EL ESPÍRITU SANTO<sup>1</sup>

### *El Espíritu Santo, persona divina*

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad. Es una persona, es decir, alguien que conoce intelectualmente, que quiere, que ama, que actúa. Nosotros tenemos una actitud espontánea diversa frente a una cosa, un objeto, frente a un animal, frente a una idea, frente a una persona. **Nuestra actitud frente al Espíritu Santo** debe ser estrictamente la actitud frente a una persona; esto en primer lugar. Cuando Jesucristo, después de haber pasado tres años, más o menos, en compañía de los apóstoles, que ciertamente tenían no solo la conciencia, sino la sensación, de que estaban ante una persona, una persona que les protegía, que les ayudaba, que les enseñaba, que les guiaba, que les daba seguridad y afecto, cuando llega el momento de su muerte, en el discurso de la última cena, Jesucristo les dice “os conviene que yo me vaya porque, si no, no vendrá el Consolador”; les explica cómo lo que él ha hecho hasta entonces con ellos -darles esa ayuda, esa asistencia, esa seguridad, ese cariño- es lo que va a hacer ahora el Espíritu Santo. Y lo va a hacer mejor que lo había hecho él. Siendo como era una persona divina, sin embargo, se había sometido a las limitaciones del espacio y del tiempo, se había sometido a un final mortal en la tierra, ante el cual se hallaba en aquellos momentos.

Por consiguiente, lo primero que tenemos que **examinar** es **nuestra fe**. Nuestra fe precisamente en este hallarnos “junto a” -después veremos que es algo más- un ser personal. El Espíritu Santo es una persona divina; esto evidentemente es objeto de fe. Una persona divina significa que esta persona conoce, pero con un conocimiento infinito, sin limitación ninguna ni en la extensión, ni en la profundidad, ni en la percepción, ni en la continuidad. Tiene

---

<sup>1</sup> José Rivera, Grabaciones 817-A y 817-B, en DVD 11. Los encabezamientos son del transcriptor.

conocimiento eterno. En cualquier momento en que yo pueda pensar en el Espíritu Santo, sé que él está conociéndome a mí, en cualquier momento en que yo pueda sentir la necesidad de afecto, sé que el Espíritu Santo me está amando, en cualquier momento en que me siento indigente de protección, sé que el Espíritu Santo me está protegiendo. Sé que todo conocimiento mío, toda tendencia afectiva mía, toda necesidad mía, toda capacidad de adaptación mía, tiene su origen inmediato en el Espíritu Santo. Es el que está capacitándome para que yo conozca y ande en el conocimiento, para que yo ame, pueda querer, amar y ser amado y pueda realizar este querer, para que yo pueda actuar en cualquier momento; es decir, **es el origen, el principio, de toda mi actuación** en cualquier línea, porque es el principio de mi misma existencia personal.

### *La fe en el Espíritu Santo*

Decimos que creemos en el Espíritu Santo. No se trata más que de **vivir esta fe en el Espíritu Santo. La palabra creer tiene tres sentidos**: uno es “creer que”, saber que, conocer que una cosa es, en este caso creer **que el Espíritu Santo existe** y existe tal como es, tal como acabamos de decir. Otro sentido, de la palabra creer en el Espíritu Santo, es **fiarme del Espíritu Santo**; en el mismo credo decimos “que habló por los profetas”: creo que lo que el Espíritu Santo ha dicho es verdad y, entonces, me puedo fiar de él; y no sólo me puedo fiar de él, sino que sólo me puedo fiar de él, de manera que, actuando según él me indica, actúo bien, actúo de una manera conveniente para mí; y si actúo fuera de lo que él me indica, actúo de una forma inconveniente, nociva, para mí. Después tenemos la frase que decimos precisamente en el credo: “creo en el Espíritu Santo”; creer en una persona significa, al menos en el lenguaje cristiano, entregarse a esa persona. Creer en Jesucristo, en el evangelio, en griego, en latín mismo, significa entregarse a él, significa seguirle, significa dejarlo todo por él, significa, en una palabra, conocerle y amarle.

Por eso, cuando una persona recita el Credo está afirmando -cada uno verá con que realidad- que se entrega al Espíritu Santo; que se **entrega al Espíritu Santo** quiere decir que le ama, quiere decir que le ama porque además es digno de ser amado; que le ama porque el Espíritu Santo mismo es el amor, ese amor de entrega; quiere decir que está dispuesto a dejarlo todo por él, que por vivir en compañía del Espíritu Santo, por conocerle y por amarle, estoy dispuesto a dejar padre y madre y esposa, hijos, casas, tierras, campos; es más, el ojo que pueda impedirme, el pie que pueda estorbarme y la propia vida; la propia vida en cuanto que yo la veo como mía; estoy dispuesto a negar completamente mi juicio sobre mí mismo y todo desarrollo posible de mi personalidad tal como yo me imagino, para dejar que el Espíritu Santo me construya.

Esto es lo que queremos decir cuando recitamos el credo, puesto que, cuando lo recitamos, lo hacemos como cristianos y la mayor parte de las veces que lo hacemos es precisamente en el sacrificio, en la celebración de la Eucaristía y, por tanto, queriendo tener la fe de la Iglesia; y **la fe de la Iglesia es ésta: el Espíritu Santo es una persona por quien se puede dejar todo**. Y se puede dejar todo, no como el que hace un heroísmo, sino como el que recibe una gracia. Cuando dejo todas esas cosas no hago un acto heroico por el cual yo salgo perdiendo, porque tengo un amor para ayudar a alguien, sino al revés: que recibo la gracia de acoger al Espíritu Santo que es infinito y, por tanto, adquirir el juicio verdadero y la postura afectiva conveniente, exacta, la auténtica también, por la cual amo lo que merece ser amado, lo que me perfecciona a mí, y dejo las demás cosas.

### *Aliento del Padre y del Hijo*

**El Espíritu Santo es una persona divina**. Por consiguiente, al ser una persona divina, **quiere que yo entre en una relación inmediata, íntima, con ella y en una relación exclusiva**. El Espíritu Santo es, además, la tercera persona de la Santísima Trinidad. Esto quiere decir

que es el Espíritu del Padre y del Hijo, de los dos, el Espíritu de ambos. La palabra espíritu significa propiamente aliento. El Espíritu del Padre quiere decir el espíritu que el Padre espira. La imagen es bastante fácil de entender: nosotros, al respirar, espiramos aliento, pero antes tenemos que inspirar aire. El Espíritu Santo es el aliento del Padre, pero al mismo tiempo es el aliento del Hijo, porque el Padre y el Hijo están tan íntimamente unidos, a pesar de que son dos personas distintas, que no tienen más que un Aliento. Cualquier poesía más o menos amorosa habla de esto: de la identidad de aliento, pero tener el aliento de otra persona es identificarse mucho con ella. Pero aquí no es que se dé identidad, es que El Padre y el Hijo no tienen más que un Aliento: el Espíritu Santo, por medio de los dos.

En consecuencia, no podemos creer y entregarnos al Espíritu Santo sino como Espíritu del Padre y del Hijo; porque podemos concebir a una persona que en un momento no aliente, suspenda la respiración, pero lo que es absolutamente imposible de concebir es un aliento que no proceda de alguna persona; cuando este aliento es personal en sí mismo, una persona divina, basta y sobra que digamos la palabra Espíritu para que tengamos que tener en la cabeza en ese momento la conciencia de que es **el Aliento del Padre y del Hijo**.

### *Última persona divina en revelarse*

Por eso, porque es la tercera persona de la Santísima Trinidad, Aliento de los dos, es **la última persona que se revela**. Así ha sido históricamente, y así es en la historia de la vida particular, singular, de cada cristiano. Desde el principio, en el momento del bautismo, un cristiano afirma que cree en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, pero una cosa es afirmarlo, admitiendo lo que los demás creen, y otra cosa es vivirlo personalmente, tener una conciencia amorosa de esta realidad. Esta conciencia amorosa es lo que constituye la relación personal con el Espíritu Santo.

En el Génesis se dice que Yahvé sopló sobre Adán, le infundió el espíritu de vida y Adán empezó a vivir como adulto. En la vida de un



cristiano sucede que el Padre y el Hijo alientan. En el rito del bautismo, el sacerdote, sensibilizando a Cristo, al Hijo, sopla sobre el catecúmeno para que reciba el Espíritu Santo, significando que realmente el Padre y el Hijo alientan sobre esta persona para infundirle el Espíritu Santo, para infundirle la vida. Y **al acoger al Espíritu Santo, el hombre empieza a vivir de esta vida divina**, a participar de la vida divina, precisamente porque está continuamente alentado por las personas divinas. Pero, como el aliento es personal, al alentar el Padre y el Hijo sobre el hombre, en el Aliento que recibe, el hombre recibe también a las personas divinas que alientan, que son inseparables de él, porque el Padre y el Hijo no pueden estar sin alentar. No necesitan inspirar sino que necesariamente espiran. Pero nosotros tenemos que inspirar al Espíritu Santo y recibir el Aliento de las personas divinas con la misma persona divina que es Aliento.

Que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad y la última que se revela significa también que **sólo mientras ella se nos ha revelado podemos nosotros tener esa plenitud de maduración**. Sólo entramos en una relación personal madura cuando nosotros somos conscientes, con una conciencia amorosa, adulta, una conciencia personal total, que quiere decir que no sólo nuestra voluntad, sino también la sensibilidad, se complace en ello y nuestro cuerpo actúa consecuentemente, alentado por ese Aliento, movido por ese soplo del Espíritu Santo. **Sólo cuando hemos recibido el Aliento del Padre y del Hijo podemos entrar de verdad en la intimidad del Padre y del Hijo**. Jesucristo dice a los apóstoles que el mundo no le conocerá -al Espíritu- “pero vosotros lo conoceréis porque estará en vosotros y habitará en vosotros”. El Aliento del Padre y del Hijo se nos infunde por dentro, se nos infunde desde dentro, estamos continuamente alentados por estas personas divinas, estas personas divinas alientan desde dentro de nosotros, así nosotros somos movidos; no es el aliento exterior de alguien que nos soplara con tanta fuerza que nosotros sintiéramos el influjo, sino que es Alguien, el Padre y el Hijo, un solo Dios, que alientan en nuestro interior y así nos

mueven. Y nosotros obramos personalmente cuando somos conscientes, cuando recibimos consciente y amorosamente ese Aliento, ese Soplo del Padre y del Hijo.

### *Su acción en el Antiguo testamento*

Así se ha revelado **el Espíritu Santo en el AT**, [pero] sin que los que oían y veían aquella revelación pudieran darse cuenta de quién era el Espíritu Santo y, por eso, no se daban cuenta de que Yahvé era el Padre que engendraba continuamente al Hijo y espiraba al Espíritu Santo; no podían conocerlos como personas concretas distintas, no podían conocerlas así como son de verdad, aunque conocieran algunos aspectos de la manera de ser de Yahvé, precisamente porque el Espíritu Santo no les había sido infundido de tal manera que ellos pudieran ser conscientes de este Aliento que recibían. En todo el AT aparece el Aliento de Yahvé cuando se trata de realizar alguna obra importante; naturalmente, la obra importante podía ser de tipo material: la fuerza, el vigor físico extraordinario de Sansón, por ejemplo, es un fruto de este Aliento de Yahvé, es el Espíritu de Yahvé el que le da fuerza; la sabiduría, por ejemplo, de los custodios del templo es Aliento de Yahvé, la prudencia de los jueces para gobernar es Aliento de Yahvé, la intuición de los profetas para declarar la ley de Yahvé, los deseos de Yahvé, o para declarar a veces incluso el futuro, de una forma más o menos oscura o clara, es aliento de Yahvé y así sucesivamente.

**La época mesiánica** va a estar caracterizada precisamente porque Yahvé va a alentar de una manera extraordinaria, porque Yahvé, como si dijéramos, va a soplar con toda su fuerza, y como el Soplo de Yahvé es vivificante, entonces la vida se va a desatar sobre la tierra, se va a desatar una verdadera primavera de vida, y las cosas van a cambiar de arriba abajo; el momento en el que escribe el profeta refiriéndose a los tiempos mesiánicos, que es un mundo de muerte, de tragedias, de sufrimientos, de enfermedades, de pecado, va a cambiar; basta, por ejemplo, con que el profeta aliente sobre unos huesos secos para que

los huesos queden vivificados y aparezcan las personas a quienes los huesos pertenecían, viene la resurrección; esto es la época mesiánica: el momento en que el Padre, ya tal como es, sin que la Biblia lo haya revelado como Padre que engendra al Hijo, con el Hijo mismo, va a alentar sobre los hombres, el mundo va a cambiar completamente.

### *Acoger al Espíritu personalmente*

Esto es lo que se ha realizado con Jesucristo. Yahvé alienta con todas sus fuerzas sobre unos hombres que él mismo ha creado como seres evolutivos; entonces el aliento de Yahvé, que desde el principio tiene su fuerza transformante, pero sin embargo esta realización de la transformación se va verificando poco a poco y sólo se realiza en plenitud cuando acabe precisamente este mundo, no porque se deshace propiamente hablando, aunque sea la impresión que tenga el hombre, sino porque se transforma; lo mismo que nos pasa con la muerte: decir que un cristiano muere es una forma de hablar muy poco cristiana, como no se explique, porque la palabra muerte lo que evoca es destrucción, mientras que la muerte sencillamente es el paso al Padre, como dice Jesucristo, un momento crucial, un momento especial en intensidad para la transformación, es decir, para la vivificación. La muerte siempre, la muerte cristiana, es un fruto de esta venida del ES acogida por el hombre. Es cuando el hombre está más vivificado y por eso, porque está vivificado, deja este mundo para pasar a una situación de vida más plena. Ahora bien, como el hombre está integrado en una humanidad entera, la vida más plena sólo se va a realizar en su última plenitud cuando todos los hombres hayan pasado por ese trance, todos los hombres hayan acogido al Espíritu, al Aliento de Yahvé, estén en el Cuerpo místico de Cristo o [aun no perteneciendo explícitamente al Cuerpo místico de Cristo] si no han rechazado al Espíritu, estén en esta plenitud de vida ya eterna, porque como Yahvé alienta siempre, el hombre que recibe su Aliento estará alentado para toda la eternidad.

**Por consiguiente, esta acogida de la revelación del Espíritu Santo es la que nos va haciendo vivir maduramente, personalmente, la**

**vida cristiana** y, por eso, mientras no hemos recibido al ES, ni podemos conocer a Cristo como es, porque Cristo es en primer lugar el que alienta al Espíritu y el que concede Espíritu a los hombres, y por eso dice Jesucristo también que “el Espíritu os dará testimonio de mí y luego también vosotros daréis testimonio”. Eso mismo sucede con el Padre; llamar Padre a Dios podemos hacerlo desde el principio, desde pequeños nos han enseñado a rezar el Padrenuestro, pero conocer y saborear a Dios como Padre, esta realidad de que Dios es mi Padre, sólo puedo hacerlo cuando tengo al Espíritu Santo recibido conscientemente, amorosamente; por eso, dice san Pablo en dos ocasiones que es [el Espíritu Santo] el que nos enseña a clamar “Padre” dirigiéndonos a Dios; esto es lo que hace, por ejemplo, que en nuestra vida podamos contar espontáneamente con nuestro Padre, pero mucho más perfectamente por supuesto, como cuenta el niño continuamente con la presencia de su padre cuando el padre está allí y —el niño— hace las cosas de otra manera a como si estuviera solo, tiene plena seguridad; si el padre es como debe ser, respecto de sus cosas y de lo que necesita, [el niño] se encuentra a gusto porque está ahí su padre; esto es lo que le pasa al cristiano; pero esto no le pasaría al niño si no recibe de alguna manera el aliento de su padre, pues esto no le pasa al cristiano si no recibe el Aliento del Padre ya como persona, consciente y amorosamente.

### *¿Qué significa ser templos del Espíritu Santo?*

**El Espíritu Santo se nos da.** Celebramos pentecostés, la venida del Espíritu santo. **¿Qué quiere decir que el Espíritu Santo se nos da y que el Espíritu Santo viene?** El Espíritu Santo, como es lógico, ni va ni viene. La persona divina, que es un solo Dios con el Padre y el Hijo, cuyo Aliento es, y por consiguiente está en todas las partes siempre, porque si no estuviera él no habría partes, es el que está creando todo, incluso el espacio. Significa propiamente esto: somos nosotros los que venimos al Espíritu Santo, que, movidos por él, recibimos su gracia, recibimos por tanto luz, conocimiento y amor, de

tal manera que nos hacemos conscientes de que el Espíritu Santo está en nosotros, nosotros somos templos del Espíritu Santo.

**Decir que somos templos del Espíritu Santo y que el Espíritu Santo habita en nosotros** quiere decir que es nuestro dueño total. Pero quiere decir además que no es sólo dueño como uno lo es de su casa... Ser dueño de su casa quiere decir que uno puede hacer obras cuando quiera, que tira tabiques, que los pone, que los arregla, que cambia los muebles... y la casa no se resiste, por eso es el dueño. Que el Espíritu Santo habita en nosotros quiere decir -y, en la medida que no, es que no le dejamos habitar- que puede quitar, poner, en nuestras facultades, en nuestro mismo ser, que le va construyendo como a él le parece; por eso la única forma real de nuestro ser es una participación de Dios mismo, por tanto una participación también del Espíritu Santo. Él tiene que poner y quitar en nuestro mecanismo psicológico, en nuestros conocimientos, en nuestras tendencias volitivas, en nuestras tendencias afectivas, en nuestras tendencias sensibles, en nuestros instintos naturales, en nuestras actividades físicas... Ahora bien, **el Espíritu Santo obra en nosotros como una casa viva, quiere decir que es una casa libre**: nosotros podemos recibir o no recibir este impulso del Espíritu Santo; el Espíritu Santo me impulsa de suyo a un conocimiento, a que me abandone, pero si yo no me quiero abandonar no me abandono y no me construye; en la medida que no me dejo, quiere decir que el Espíritu Santo no está en casa y que no le dejo ser dueño de la casa, que no soy casa del Espíritu Santo, y si esto llega al extremo de que contradigo formalmente al Espíritu Santo en lo mínimo esencial, dejo de ser templo del Espíritu Santo, es decir, he pecado mortalmente y he dejado de ser templo del Espíritu Santo. Aunque el Espíritu Santo siga estando, no es lo mismo estar en un sitio que habitar en un sitio como en casa propia.

Pero no sólo somos casa del Espíritu Santo, la frase es que somos **templo del Espíritu Santo**. El templo es el lugar, ya desde antiguo, donde Dios se revela, donde Dios se da a conocer al hombre, donde Dios concede al hombre las gracias especiales. Dios está, por

supuesto, en todas partes pero hay lugares en que se manifiesta más o hay momentos en que se manifiesta más. En el AT estaba reducido al templo de Jerusalén y si acaso la sinagoga. Jesucristo, cuando dice que los verdaderos adoradores adoraremos al Padre en espíritu y en verdad, quiere decir, probablemente, -desde luego, la frase si no al pie de la letra, interpretada en el contexto del evangelio- precisamente que **adoraremos al Padre movidos por el Espíritu de la verdad**, el Espíritu Santo. Esto es en contraposición a que ya no será sólo en el templo de Jerusalén, en tal o cual sitio, y que tampoco será sólo en un templo concreto material, sino que ya somos templo nosotros. Somos templo sabiéndolo, sabemos que está en nosotros el Espíritu de Dios, el Espíritu de Jesucristo. Entonces, en cualquier lugar podemos ser movidos a adorar a Dios, porque las personas divinas se nos van a manifestar, por su Espíritu, por su Aliento, en cualquier lugar, con tal de que estemos nosotros. La única forma de no poder adorar a Dios es salir de nosotros mismos. En la medida que estamos extravertidos, aunque la gente diga lo contrario, no podemos encontrar al Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo no alienta en el exterior; en cambio, toda persona que esté recogida, es decir, que esté atenta a su interior, a su interior tal como es, su interior auténtico, se encuentra con el Espíritu Santo.

Somos templo del Espíritu Santo en la medida en que se nos quiere revelar, en la medida en que se nos quiere dar a conocer; el hombre es templo del Espíritu Santo mientras está en gracia porque el ES actúa en él manteniéndole la capacidad de conocerle y amarle. El hombre es tanto más templo del ES cuanto más capaz es ya y cuanto más actualizado está en este conocimiento amoroso del ES que está en él. Por eso, lo mismo podemos decir que somos templos del Es que somos **templos de la Santísima Trinidad**. Porque como el Espíritu Santo no puede estar solo, ya que es el Aliento del Padre y del Hijo, donde está el Aliento está el que alienta. Como son Padre e Hijo los que alientan, si yo soy templo del Espíritu Santo, es que soy templo de la Santísima Trinidad. Se me revelan las tres personas. Al conocer al

Espíritu Santo le conozco como el Aliento; todo lo que el Espíritu Santo tiene: este conocimiento infinito, esta bondad infinita, esta perfección infinita, esta eternidad, etc. la tienen igual, porque es la misma, el Padre y el Hijo. Cuando conozco al Espíritu Santo conozco a las tres personas divinas. Eso quiere decir que yo soy templo del Espíritu Santo.

Lo primero que tenemos que **contemplar** es **lo que supone de amabilidad y de amor**. Una persona divina sin más, simplemente con las líneas que he apuntado, ya aparece como perfecta, ya aparece como amable. Una persona infinitamente sabia, infinitamente poderosa, omnipotente, una persona infinitamente buena, una persona que es él mismo, una persona eterna, que no se acaba, una persona que tiene todo esto, además, poniéndolo como fuente, una persona que es el amor mismo puesto que procede de la unidad, del amor que entre sí se tienen el Padre y el Hijo, pero que no procede de una cosa distinta, sino que siempre es el mismo amor, solo que es personal, esto ya aparece sin más como amable. Si nosotros vamos estableciendo la comparación entre cualquier persona que nos atrae y el Espíritu Santo, parece que no es muy difícil, supuesto que tengamos fe, que vayamos prefiriendo al Espíritu Santo y que estemos dispuestos a dejar al padre, a la madre, a la esposa, los hijos, los que tenemos o los posibles, por unirnos más con el Espíritu Santo.

### *Amabilidad y amor del Espíritu Santo*

Pero además aparece una **nota de amabilidad**: que es **él quien nos ama a nosotros**. Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, nos han creado precisamente para que seamos templos del Espíritu Santo, es decir, para que entremos en una intimidad tal con el Padre y con el Hijo que recibamos su Aliento. Recibir su Aliento es lo mismo que entrar en su intimidad. En su Aliento se nos dan ellas. Nosotros podemos distinguir, yo puedo alentar sobre una persona físicamente, puedo soplar, jugando, a un niño, yo no me doy entero al niño, eso no quiere decir nada; pero cuando el Padre alienta sobre mí es que se me

entrega él, porque está unido al Espíritu Santo siendo un solo Dios, no tiene más remedio que entregarse. Por eso, que me da el Espíritu Santo quiere decir que se me da él, y eso indica el amor que me tiene el Padre, el Padre no me da algo distinto de él, se me da él mismo. Que además yo quede en gracia santificante es una consecuencia, pero no lo principal, lo principal es precisamente que **se me comunica él**. Si me da la gracia santificante, que es una participación en su naturaleza, es precisamente para que pueda entrar en comunicación con él. Y no porque me necesita para nada el Espíritu Santo, ni el Padre ni el Hijo, sino simplemente porque me aman y por eso quieren estar en plena comunicación conmigo. Es decir, en toda la comunicación que yo soy capaz de recibir.

Y que esto lo quiere hacer conmigo –cada uno puede pensar en sí mismo- significa **el amor que me tiene a mí, pero significa además la amabilidad suya**; el que una persona quiera a otra totalmente, que una persona sea capaz de amar, manifiesta su amabilidad, manifiesta su perfección, manifiesta su grandeza. Nosotros estamos acostumbrados a hablar del amor humano, pero **el amor humano**, aunque no se quiera, es necesariamente un amor mezclado, porque siempre necesitamos de otra persona; la persona que está amando a otra, aun simplemente si lo está haciendo conscientemente con pleno desinterés, ella está amando, en parte, porque necesita amar algo; por eso, una persona que quiera mucho a otra en este mundo, cuando esa otra le falta, puede durante una temporada sufrir mucho, pero, si no se enloquece y se muere, al cabo de una temporada ese amor que tiene desocupado lo pone en otra cosa y está igual de satisfecho. (Un señor o una señora se quedan viudos y parece que se van a morir de pena, pero al cabo de una temporada lo que pasa es que se enamoran de otra persona distinta; y no hay contradicción ninguna, porque el amor humano no puede ser de otra forma: es el amor de un ser indigente que necesita para vivir precisamente ejercitar sus cualidades y una de sus cualidades es la capacidad de entrega, la capacidad de amor; entonces ella piensa “es que amo mucho a otro”, hay que contestarle “es que



usted necesita eso y entonces coge a esa persona para que sea objeto”). Cuando yo estoy estudiando un libro, eso no es querer mucho al libro, es que yo necesito ejercitar la inteligencia, me gusta este libro, me gusta este otro y, a última hora, si no tengo uno cojo otro y no sufro cosa mayor por eso, porque lo esencial para mí es la necesidad de ejercitar la inteligencia.

Pero Dios no, **Dios cuando nos ama no es que necesite nada**, las personas divinas, que tienen una capacidad infinita de amar, tienen también un objeto infinito de amor que son las otras dos personas, cada una en sí misma; si nos aman a nosotros no es por necesidad, es por purísimo amor; no hay nada de egoísmo ni siquiera en el buen sentido de la palabra, no hay necesidad ontológica; no hay ninguna cosa mala moral en este sentido en la palabra egoísmo, sino que indica sencillamente esta necesidad de la criatura, la necesidad de ser completada ejercitando lo que tiene; el ser humano no puede perder a última hora este aspecto de indigencia: que necesitamos amar a Dios, porque si no le amamos nos destruimos, como sucede en el infierno; el decir que nos destruimos no es ninguna frase excesiva, porque una persona en el infierno no es ya propiamente una persona humana sino que es una persona humana convertida en monstruo.

Por otra parte, hemos de darnos cuenta de que el Espíritu Santo no solamente me ama a mí, sino que **me ama a mí que soy un hombre pecador**, es decir, el amor de Dios es siempre el amor a una persona pecadora, por tanto, a una persona que normalmente -quitando el caso de la humanidad de Cristo y el caso de la humanidad de la Virgen María, que fue inmaculada por un privilegio especial que le concedió el ES-, más o menos, le rechaza, un amor que tiene que imponerse sobre una libertad; sin quitar la libertad, sin embargo, tiene que actuar de tal forma que está continuamente venciendo resistencias de una manera u otra; cuando uno se pone a pensar esto, sale aquello de Lope de Vega “¿qué tengo yo que mi amistad procuras?” y aquello del salmo, que se repite dos veces, “¿qué es el hijo del hombre para que hagas memoria de él?”.

Pero si además nos damos cuenta de que este amor, que busca la intimidad de cada uno, no es amor a unas cuantas personas, sino que es un **amor a todos los seres humanos**, evidentemente, la amabilidad de Dios aparece mucho más resplandeciente, porque no es que establezca una selección, no es que sea limitado a unas cuantas personas, sino que aparece esta infinitud de Dios; el número de hombres no será nunca infinito, pero sí desborda completamente nuestra capacidad de cálculo y nuestra capacidad de imaginación. Sin embargo, el Espíritu Santo se da a los hombres uno por uno, no es que esté simplemente, sino que quiere tomar como templo a cada uno de los hombres y esto para toda la eternidad.

Lo primero que tenemos que hacer es contemplar esta figura del Espíritu Santo precisamente como es, como el amor. En el Nuevo Testamento dice san Juan que el Padre Dios es amor, pero esto mismo podemos repetirlo de cada una de las personas divinas y de una manera particular -no voy a entrar en la explicación teológica del asunto- lo decimos del **Espíritu Santo**, que **como persona precisamente es el amor, el amor del Padre y del Hijo**. Por eso, por ejemplo, una de tantas consecuencias que se pueden sacar: cuando los hombres queremos amarnos entre nosotros, cuando queremos promover -sea lo que sea- una vida de familia más intensa o queremos promover una comunidad que funcione mejor, lo que tenemos que procurar no es multiplicar los actos de unión humana, las explicaciones entre nosotros, las reuniones, lo que sea, aumentar el tiempo de convivencia; muchas veces esa convivencia es la que produce la separación a la larga, pues somos más conscientes de nuestras limitaciones, de las limitaciones del que convive y se nos hace más difícil la tolerancia hacia esas limitaciones mismas. Lo que tenemos que procurar es inspirar al Espíritu Santo, o sea, hablando más exactamente, dejar que el Padre y el Hijo nos espiren al Espíritu Santo; no es una mayor abundancia de acción y mayor abundancia de reuniones la que produce la unión; unas personas que tienen todas recibido al Espíritu Santo con intensidad, necesariamente -y no puede

ser de otra manera- quedan unidas, quedan unidas por el mismo Espíritu; dice san Pablo que tenemos entonces un mismo Padre, un mismo Señor, Cristo, un mismo Espíritu, estamos unidos por una misma Iglesia. Por eso, de la única comunidad que se ha dicho esta frase tan expresiva: tenían un solo corazón y una sola alma, es de la comunidad que acababa de recibir al ES en el primer pentecostés de la historia.

### *Vías para conocer su acción en nosotros*

**¿Qué hace el Espíritu Santo en nosotros?** Para esto podemos seguir tres líneas. Primero voy a apuntarlas, pues parece que no dará tiempo a desarrollar las tres. Una es coger la Escritura, por lo menos un poco el resumen, de **lo que dice la Escritura** o la historia de lo que ha hecho el Espíritu Santo en nosotros. Otra línea es coger el **Ritual y la liturgia** y ver lo que la Iglesia nos va diciendo, va aplicando, que hace el Espíritu Santo en nosotros: el del bautismo, de la confirmación que hemos recibido, del sacramento de la penitencia, de la celebración de la Eucaristía y el ritual del matrimonio, el ritual de la ordenación y el ritual del sacramento de los enfermos. Vamos viendo cómo toda nuestra vida está bajo el influjo del Espíritu Santo, en la medida que nos dejamos. Una tercera manera es simplemente ponerse a pensar uno por su cuenta y hacer una meditación de la propia vida, un **repaso a la propia vida en la relación con el ES**. Esto integra en gran parte las dos líneas que acabo de apuntar. Mi historia como yo la veo: desde que estoy bautizado hasta ahora, ¿qué ha querido hacer el Espíritu Santo conmigo y qué respuesta le he ido dando yo al Espíritu Santo? La consecuencia será una visión más clara del amor de ese Espíritu, por tanto del Padre y el Hijo que le alientan sobre mí, y tendrá una consecuencia también de humildad mía: darme cuenta de mi ignorancia, de mi despiste, de mi falta de amor, de mi indiferencia muchísimas veces; simplemente esto: que el Espíritu Santo ha estado siempre en mí, en nosotros, y que nos quejemos de soledad, no deja de ser una cosa muy ofensiva para el Espíritu Santo.

## ***El pecado contra el Espíritu Santo***

Antes de meterme en lo que hace el Espíritu Santo con nosotros quisiera insistir un poquito en esta reflexión: Hablamos fácilmente de pecados y los pecados ya están más o menos en las morales, en las antiguas y en las modernas (porque los modernos que quieren reformar la moral, yo no digo que no digan cosas importantes, cosas buenas, que no estaban quizá tan expresas antes, pero la “reforma” principal de la moral consiste en ir buscando la forma de decir que las cosas que están mal no están tan mal, para que la gente nos puedan aceptar un poco mejor, con lo cual la gente nos escucha cada vez menos), pero tenemos que darnos cuenta que **la sustancia del pecado** siempre es precisamente esta: rechazar el amor del Padre; pero rechazar el amor del Padre, dicho de una manera estrictamente escriturística y teológica, **es rechazar al Espíritu Santo**; se trata de esto: que Dios quiere alentar sobre mí y yo no me dejo alentar. Si rechazo este aliento de Dios de una manera total, entonces cometo pecado mortal, si rechazo el aliento de Dios de una manera parcial, de tal forma que recibo algo de aliento del Espíritu Santo, ya puedo vivir, pero lo recibo de una manera deficiente porque no lo recibo en plenitud y esto es un pecado venial.

La sustancia del pecado es siempre lo personal. Objetivamente hablando, **el pecado más grave consiste cabalmente en la indiferencia ante la presencia del Espíritu Santo**. Si una persona no hace un encargo que yo le he hecho, porque se le ha olvidado, me siento yo algo preterido: parece que no tiene mucho interés por mí cuando se ha olvidado de hacer esto que le he encargado, pero si lo que sucede es que yo mismo personalmente voy a casa de la persona y la persona no me hace ningún caso, sé que está en casa y no me atiende, no me la encuentro, entonces no me siento preterido indirectamente, no tengo que hacer ninguna reflexión, es que no le intereso yo mucho, no tengo nada que reflexionar, ya está claro que no le intereso. Cuando nosotros desobedecemos un mandato concreto del Espíritu Santo, no llevamos a cabo un impulso concreto, dejamos

muerto un impulso concreto del Espíritu Santo, por ejemplo, en un acto de caridad al prójimo, en un rato de oración, en un acto de comodidad en vez de un sacrificio, en un acto de lujuria, todo esto está mal, por supuesto; el Espíritu Santo que, por supuesto, no tiene que hacer razonamientos, tendría que decir: “cuando no me deja y no hace caso a este impulso que le doy, será que yo no le importo”. Pero cuando lo que hacemos es, positivamente, ser indiferentes al Espíritu Santo en persona, eso es precisamente la sustancia del pecado; sin embargo, es curiosísimo, porque realmente yo no creo que he oído nunca en un confesionario decir: “me acuso de que he estado viviendo indiferente al Espíritu Santo; me acuso de que, mientras había poca gente, pero el Espíritu Santo está en mí, he dicho cincuenta veces que estoy solo, me he quejado de soledad y he dicho que no me comprende nadie”; el Espíritu Santo tendría que decir “y yo ¿qué pinto aquí entonces, si resulta que no le comprendo?”.

### *La acción y revelación del Espíritu en Jesucristo*

Siguiendo en esta línea de qué hace el Espíritu Santo en nosotros, voy a fijarme nada más en uno de los aspectos. Vamos a ver brevísimamente, en primer lugar, **qué ha hecho el Espíritu Santo respecto de Jesucristo**. En todo el AT, el Espíritu Santo es el que anuncia a Cristo; decimos en el credo: “que habló por los profetas”. Es el que anuncia a Jesucristo. Pero cuando llega ya Jesucristo a la tierra, las expresiones de la Sagrada Escritura son, por ejemplo: “el Espíritu Santo vendrá sobre ti”, la concepción del hombre Cristo en la Virgen María se le atribuye precisamente al Espíritu Santo. Vuelvo a repetir que, cuando actúa el Espíritu Santo, actúan las Tres personas, porque no puede actuar el Aliento suelto, actúa siempre el aliento con las personas que alientan. (Luego explicaré un poquito respecto de nosotros por qué hablamos del Espíritu Santo en estos casos). Después, Jesucristo va al bautismo movido por el Espíritu Santo y aparece el Espíritu Santo que le lleva al desierto. Es decir, el principio de la vida humana de Jesucristo y el principio de la vida apostólica de Jesucristo están bajo el signo de la acción del Espíritu Santo, con lo

cual se nos indica que **toda esa vida está movida por el Espíritu Santo**. Luego Jesucristo mismo dice que hace sus milagros, que son los signos principales de su mesianismo, movido por el Espíritu Santo, y siente, su sensibilidad, cuando prorrumpe en alabanzas al Padre porque ha ocultado sus misterios a los soberbios y los ha descubierto a los humildes, que lo hace movido por el Espíritu Santo. Los sentimientos de Cristo, las actividades de Cristo y los pensamientos de Cristo estaban todos movidos por el Espíritu Santo. Y así hasta la muerte, así hasta la resurrección.

Con lo cual debo darme cuenta de que **toda la vida de Jesucristo es una manifestación del Espíritu Santo**. En cualquier cosa buena que veo que hace Jesucristo –y en él todas las cosas son buenas- tengo que darme cuenta: si Jesucristo hace esto es que el Espíritu Santo es así, porque es el que le mueve a hacerlo; si Cristo predica la caridad, y el que predica la caridad manifiesta que piensa bien y cuando sabemos que además lo hace, manifiesta que es bueno; cuando veo una predicación de Cristo diciendo que nos amemos unos a otros, tengo que sacar necesariamente la conclusión: si Cristo lo dice es que lo hace y si lo hace y lo dice es que él es bueno; pero ¿por qué es bueno? Porque le mueve el Espíritu Santo. Luego entonces es que el Espíritu Santo es bueno, el Espíritu Santo es amor. Así con todo. Por consiguiente, la vida de Cristo es estrictamente una revelación del Espíritu Santo. Llegamos a la resurrección. Cristo ha resucitado por el Espíritu de Yahvé. La cosa está clara. Es siempre el soplo de Dios el que vivifica. La resurrección de la humanidad de Cristo es la consecuencia de la vivificación que produce el Espíritu Santo, que es el Soplo del mismo Jesús en cuanto Verbo y del Padre con él.

### ***Jesús, roca de donde mana el Espíritu***

En cuanto Jesucristo se refiere a lo futuro o en cuanto ya se nos narra la ascensión de Jesucristo, las expresiones de la Escritura cambian y, en lugar de decir que el Espíritu Santo mueve a Jesucristo, se dice que **Jesucristo envía al Espíritu Santo**. Por ejemplo, todos los textos del

discurso de la Cena: Jesucristo ha prometido enviar al Espíritu Santo. Y esto es porque, hablando un poco a nuestra manera, pero apoyándonos en textos de la Sagrada Escritura, dice por ejemplo Jesucristo -mejor dicho, dice san Juan- que estaban celebrando la fiesta de las aguas, dentro de la fiesta de los Tabernáculos (la fiesta de las aguas era recordar una escena de la época del Éxodo: cuando estaban los israelitas en el desierto, un día el pueblo moría de sed, porque no había agua y por tanto habrían muerto de sed y, ante el temor de morir de sed, acuden a Moisés y le dicen que interceda; Moisés va a interceder ante Yahvé y Yahvé le dice que golpee una roca con una vara y Moisés golpea la roca y de la roca sale el agua), pues bien, Jesucristo, en este contexto en que se está celebrando esta acción de Yahvé, dice: “el que tenga sed, venga a mí y beba el que cree en mí, de su seno (refiriéndose a Él mismo, porque es una cita de Isaías), como dice la Escritura, brotarán fuentes de aguas vivas”. Y apostilla san Juan, que es quien cuenta esta escena: “esto lo decía por el Espíritu Santo que había de darse, porque todavía no había Espíritu Santo porque Cristo no había resucitado”.

**Jesucristo es como una roca que encierra una corriente**, pero la corriente todavía no sale; la corriente de agua, un agua subterránea, se manifiesta en cierto modo por un poco de vegetación, un poco de humedad, son infiltraciones, pero la corriente no corre por encima sino por debajo de la tierra, pero, si perforamos esa corriente, el agua brota como una tromba y lo que hace es naturalmente cambiar la tierra que la convierte en barro y, después, nosotros, los hombres, podemos venir a recogerla, pero para recogerla hay que acercarse a la tierra. Cuando llega el momento de la muerte, san Juan tiene estas dos frases: “y Jesús inclinando la cabeza espiró el Espíritu”; entregó su espíritu: entregó su espíritu humano al Padre y entregó su Espíritu Santo a los hombres. Poco después dice que un soldado, al ver que Jesús estaba muerto, no le cortó las piernas para que acabara de morir, sino que le traspasó el costado y del costado salió sangre y agua; el agua, como hemos visto antes, es símbolo del Espíritu Santo; **una vez que**

## **Jesucristo ha sido perforado, en la cruz, de él brota el Espíritu Santo.**

El Espíritu Santo entonces empieza a actuar. Antes no había actuado porque no había querido, porque estaba en el Padre Dios. El primer efecto del Espíritu Santo, actuando en plenitud relativa, será precisamente transformar a Cristo glorificándolo; este Cristo, cuando el Espíritu Santo cae primero sobre su cuerpo, queda transformado, ya no es el cuerpo de Cristo sino que queda convertido, como el agua en barro, en Cristo glorioso, en una condición distinta, el barro ya no es igual que la tierra. Jesucristo no es igual antes que después: no es igual antes que los discípulos le veían que después, queda glorificado; pero, además de estar glorificado, **de este hombre, Jesucristo, brota el Espíritu Santo.** Tenemos que decir, pues, que el Espíritu Santo lo recibimos transmitido por Jesucristo y sólo le podemos recibir transmitido por Jesucristo.

### *Su actividad en la Iglesia*

**Esto después se prolonga en la Iglesia.** Jesucristo instituye la Iglesia y la instituye como su cuerpo. Como el cuerpo de Cristo está transido, traspasado, y de él brota el Espíritu Santo, sólo en la Iglesia actúa el Espíritu Santo y de la Iglesia tiene que salir el Espíritu Santo sobre cada una de las personas que nos incorporamos a la Iglesia y sobre la gente que está fuera, para que cambien, y nos va transformando. Esto es lo que decimos en el credo: después de decir que creemos en el Espíritu Santo, decimos, con una frase que no corresponde al original, que creemos en la Iglesia; creer en la Iglesia no tiene los significados de antes, de que me fio de ella, de que doy mi vida por ella, no, la Iglesia es la congregación de los fieles cristianos, una organización peculiar, singular, que Jesucristo ha establecido, no es una persona y sólo se puede creer en personas. Lo que estamos diciendo es que **creemos que el Espíritu Santo actúa en la Iglesia;** lo mismo que, unos momentos antes, hemos dicho que creemos en el Padre que ha



creado, y creemos en el Hijo que nos ha redimido, creemos en el Espíritu Santo que nos santifica en la Iglesia.

Por consiguiente, ¿cómo actúa el Espíritu Santo? Actúa en la Iglesia. Actúa en la Iglesia haciéndolo todo, porque no hay obra cristiana que no proceda de las Personas divinas y, por tanto, que no proceda del Espíritu Santo. Ahora bien, ¿por qué decimos “el Espíritu Santo” y no “las Personas divinas”? Porque como los que hablamos somos nosotros y la obra de la santificación es la plenitud de la redención y no la plenitud de la creación, y es la plenitud de la redención de Cristo, porque simplemente el que dé el fruto toda redención se ha hecho bajo el Espíritu Santo y está perfecta, pero la redención se hizo para resucitarnos a nosotros, entonces **nuestra santificación es la plenitud de la obra de Dios.**

La palabra “espíritu de Yahvé” aparece cuando la obra es perfecta (es curioso porque en castellano también esto lo tenemos: de una obra que está bien hecha decimos que es una obra de gran aliento). Llamamos acción del Espíritu Santo o que interviene el Es en un momento de la vida cristiana, a pesar de que el Espíritu Santo interviene desde el principio, porque, como los que hablamos somos nosotros, **nos referimos a una acción del Espíritu Santo** que, evidentemente, es una sola acción con la del Padre y la del Hijo, **cuando el efecto producido es ya notable y corresponde a una obra de madurez**; o bien porque se requiere la obra de madurez, por ejemplo el martirio, en un cristiano que no es maduro precisamente, que es todavía infantil, o bien porque se ha establecido ya una forma de vida en la cual el cristiano obra normalmente de una manera madura. Así es como ha aparecido siempre la obra del Espíritu, como algo realmente importante: en las obras especiales de Yahvé se dice que intervenía el Espíritu.

Y quiere decir que nosotros, por la acción de las tres Personas divinas, por la acción de Cristo en la Iglesia, nos hemos ido dejando disponer para poder recibir, con cierta plenitud, la acción de Dios y entonces ya

somos conscientes de que actúan las tres Personas divinas, por tanto, claro, que actúa el Espíritu Santo; tenemos ya una relación personal, consciente y voluntaria, con cada una de las Personas. Lo que llamamos así acción del Espíritu Santo, lo que podemos decir **la acción recibida con plenitud, al menos con madurez, tiene unas características especiales** que se extienden a todo. **La característica principal es la instintividad.**

*La “instintividad espiritual”, característica de la acción del Espíritu*

El hombre tiene un nivel de instinto, por ejemplo el instinto de conservación: espontáneamente, ante un peligro, si lo percibimos, no digo si nos damos cuenta humanamente con reflexión, sino si lo percibimos simplemente, por mecanismo formado desde la infancia, nos alejamos del peligro (vemos que se acerca un coche, vemos que se corta un camino y hay un precipicio y espontáneamente tendemos a alejarnos), instintivamente tendemos a comer, no hace falta recalcar que es una obligación. Esto es lo que sucede en toda persona humana que funciona bien. Sobre el instinto está, viene, el nivel de la razón.

La razón instintivamente tiende a conocer, pero no tiende instintivamente a conocer siempre la verdad inmediatamente, precisamente porque los instintos y lo sensible como instintivo, un mecanismo ya que funciona automáticamente, se ha establecido antes que lo racional; nos damos cuenta que muchas veces tenemos que luchar contra un instinto que se desordena y que no se une, que no está acoplado a la razón, para obrar bien: uno se da cuenta, por ejemplo, que la relación con otras personas debe ser, humanamente hablando, una relación de armonía, de respeto de sus derechos, sin embargo, el instinto de conservación mismo se ha desarrollado de una manera no humana sino animal y nos lleva a buscar lo que necesitamos y aún más de lo que necesitamos; es más, el instinto interfiere desviando la razón misma y nos hace, por ejemplo, pensar que necesitamos mucho más de lo preciso para poder asegurar humanamente el futuro. Mientras las cosas son racionales nos cuestan, nos damos cuenta de

que a esa persona teníamos que quererla, se lo merece, es una persona humana, es cristiana, hija de Dios, por lo menos Dios la ama para que sea hijo suyo, pero muchos instintos se contraponen a los intereses y al bien de esa persona y tenemos todos los conflictos de falta de caridad; me funciona más el deseo de ser respetado yo que el deseo de respetar a esa persona.

Pues bien, **lo característico del Espíritu Santo es precisamente que produce también instintos** en nosotros, de tal manera que, de una forma instintiva, tendemos a realizar las acciones cristianas, las acciones espirituales. Se dice, por ejemplo, “tener uso de razón”; el uso de razón de un niño todavía es muy inseguro, unas veces usa de la razón y otras no usa de ella, ni se da cuenta siquiera de las cosas; el uso de razón de una persona madura le lleva, por lo menos, a lo que es necesario para la conservación de la vida, para la organización de su trabajo, sin esfuerzo especial. Pues bien, el Espíritu Santo produce en nosotros una elevación por la cual, como si dijéramos, establece tres zonas: la zona instintiva baja, la zona racional y la zona instintiva alta, espiritual, movida por Él; de manera que, por ejemplo, el instinto de conservación, que funciona espontáneamente, sin esfuerzo ninguno y, además, con gusto -a una persona sana le gusta comer, le gusta moverse, etc., son cosas instintivas-, exactamente sucede con lo espiritual. **El instinto de conservación espiritualizado** hace que tengamos una tendencia espontánea y, además, gustosa, es decir, que se satisface en su ejercicio, para conservar, no ya la vida en la tierra, sino precisamente la vida de la gracia. Y no sólo para conservarla, sino para desarrollarla.

Hay un instinto de perfección en el hombre; como lo instintivo está en la zona baja del hombre, nos puede llevar a una búsqueda de perfección que, en el total de la personalidad, es al revés, nos desorganiza, nos hace imperfectos, nos hace deficientísimos; mientras que **el instinto de perfección espiritualizado** nos lleva a buscar esa misma perfección, pero en el orden real, en el orden que coincide, claro, en el orden que es el que Dios ha establecido, el que ha

establecido el Espíritu Santo. El Espíritu Santo hace que busquemos instintivamente, sin necesidad de reflexión, “las cosas del cielo”, como dice san Pablo.

Vamos a comparar... por ejemplo, un brazo; un brazo nuestro está a nuestro servicio, lo movemos como queremos y podemos actuar con él, pero muchas veces tenemos que razonar a ver cómo tenemos que mover el brazo; razonando llegamos incluso a adquirir mecanismos que pasan a ser como instintivos (escribir a máquina, afeitarse, cualquier cosas de estas se hace sin necesidad de razonar ya), pero ha habido un razonamiento previo; y esto lo usamos cuando queremos; por supuesto, está siempre Dios detrás, Dios nos está dando la vida, nos está dando capacidad, pero estamos actuando nosotros, tenemos la conciencia de que está a nuestra disposición.

### *Los dones del Espíritu Santo*

En cambio, una serie de cosas tenemos la conciencia de que no están a nuestra disposición, sino que podemos tenerlas o no tenerlas según nos las den; ahora, nosotros tenemos capacidad de recibir: yo tengo, por mi inteligencia, capacidad de saber una serie de cosas, pero mi inteligencia tiene, además, un aspecto de disposición, soy capaz de recibir cosas que no tengo, posibilidad de llegar a conocer por mí mismo si no me las dan, si no me empujan; por ejemplo, la diferencia que hay entre un brazo de un hombre que está a disposición del hombre y las teclas de un piano: el piano no tiene las teclas a su disposición, el piano tiene las teclas allí y si el piano está bien y funciona bien, si les da a las teclas una persona que sabe tocar puede producir música, y puede producir música muy buena dependiendo de cómo toque, pero si no toca el músico el piano ahí está quieto, no funciona. Pues bien, **el Espíritu Santo** –se explica en teología- **nos hace funcionar con los dones**; los dones son así como unas teclas; el hombre, después de haber respondido con lo que a su juicio, su impresión, depende completamente de él (ahora quiero rezar y rezo, ahora quiero contestar bien y contesto...), dándose cuenta de que

muchas veces no es capaz, llega un momento en que, por la gracia de Dios, se ha dispuesto de tal manera, que no es capaz de crecer él más, pero sí es capaz de dejarse hacer crecer; tiene entonces como unas teclas, que son los dones del Espíritu Santo, que el Espíritu Santo toca cuando quiere.

Como el Espíritu Santo es una persona divina, lo hace perfectamente y lo que produce en nosotros son obras perfectas; si nosotros estamos dispuestos y no nos oponemos –porque siempre podemos oponernos todavía-, se producen unas armonías, se producen unas acciones instintivas, agradables; se producen normalmente, porque el Espíritu Santo, digamos así, toca siempre, y se establece una vida fácil, una vida de madurez, una vida santa. Sin embargo, el que la vive tiene estas dos sensaciones incluso o experiencias: tiene una conciencia inmediata, no tiene que razonar para darse cuenta, primero, de que **no es él el que lo produce, sino que lo producen en él y**, segundo, que **no le cuesta nada**, sino al revés que encuentra gusto. Por ejemplo, una obediencia todavía inmadura hace que tenga que pensar y reflexionar: “debo obedecer a mis padres”, “debo obedecer al obispo” o “debo obedecer al superior”, y esto cuesta y, como cuesta, unas veces se hace y otras veces no, y además el que lo realiza tiene la impresión de que es él quien ha obedecido. Mientras que **una obediencia producida por el Espíritu Santo es algo instintivo**, la conciencia de que mi vida me viene precisamente obedeciendo al superior, o sea, recibiendo las palabras del superior, sea lo que sea: un padre, un obispo, un superior religioso; hace que instintivamente tienda a hacer lo que me dice, tienda a acoger sus palabras y, además, a hacerlo con gusto porque consueña, la orden del superior, por el hecho de ser superior, consueña siempre con mi interior, aunque externamente me pueda molestar la obra concreta que me encarga.

Lo hago instintivamente. Tiene estas características: **es inmediato, es gustoso y, además, va con la conciencia de que no lo estoy produciendo yo**, es más, de que yo no podría producirlo, que no depende de que yo quiera; por eso también se explica fácilmente que

en un momento determinado un santo tenga un fallo, siempre que el Espíritu Santo, por ejemplo porque no quiere una obra externa, porque no quiere que el hombre éste realice tal misión, porque quiere precisamente que sea más consciente todavía, a una manera también humana, de que no es él quien produce los actos sobrenaturales, no toca la “tecla”, no hace funcionar el don; entonces este hombre, que habitualmente está respondiendo perfectamente y está funcionando con plena madurez, un día se encuentra sin fuerzas, se encuentra sin capacidad. Por ejemplo, un hombre tiene contemplación normal, entra en la oración en cuanto quiere, aunque sabe que le mueve el Espíritu Santo, pero de repente un día se pone a rezar el breviario, se pone a celebrar misa, se pone a participar en una Misa o a hacer un rato de oración y no puede entrar; él tiene conciencia simplemente: “no me lo está dando, no me está tocando la “tecla” el Espíritu Santo y no veo”.

**La acción del Espíritu Santo se extiende a todo.** Tenemos entonces que darnos cuenta de que todos nuestros criterios, la acción que va desarrollando la Escritura atribuyéndola al Espíritu Santo, se explica en teología por la doctrina de los dones. Se dice que hay: un **don de entendimiento**, que me hace contemplar los misterios, pero contemplarlos con la diferencia de tener que razonar a ver una cosa de golpe; entre que uno tenga que hacer un esfuerzo para examinar una cosa a que uno tenga buena vista y la vea sin más y disfrute viéndola hay una diferencia considerable; el don de entendimiento hace que contemple los misterios: hace que, el simple hecho de saber o de que me digan, y oír: “Jesucristo es el Hijo de Dios”, me resuena ya, lo mismo que me resuena una cosa que me dicen de mi padre o de mi madre, es una cosa que me es connatural.

**El don de sabiduría** me hace no sólo entender, sino saborear. Me saben bien las cosas que tienen buen sabor para el Espíritu Santo y me saben mal las que tienen mal sabor para el Espíritu Santo. Por ejemplo, no me sabe mal que me humillen, porque eso no tiene mal sabor en el orden espiritual, en cambio, me sabe mal haber hecho yo una infidelidad a Dios porque eso tiene mal sabor; me sabe mal, por

ejemplo, ver que el mundo está lleno de pecado, porque el pecado tiene un sabor amargo en sí mismo y yo lo capto espontáneamente, en cambio no me saben mal la mayor parte de las cosas. Por eso, al principio de la vida espiritual cuestan, cuando no es espiritual todavía, sino que es carnal, es infantil, cuestan muchas cosas y entonces la gente se piensa que la vida de santidad es tremendamente dura; lo que sucede es que, en cuanto empieza a ser espiritual, en cuanto empieza a ser maduro, todas esas cosas no le cuestan nada, aunque desde otro punto de vista pueda sufrir más, no porque le cueste hacer las cosas, sino porque le saben mal muchas cosas que encuentre aún en sí mismo; lo mismo que a un niño pequeño le costaría muchísimo muchas cosas que hace una persona mayor sin esfuerzo.

**El don de ciencia** me hace ver espontáneamente y sentir espontáneamente la relación de las criaturas que existen con Dios. **El don de consejo** me ilumina para que pueda ver inmediatamente cuál es el plan de Dios en cada cosa, ver el plan de Dios en la medida en que tengo que realizarlo yo, lo que tengo yo que decir o lo que tengo yo que hacer, lo que tengo que aconsejar a otros. **El don de piedad** me hace sentirme hijo de Dios y sentirme hermano de los hombres; como me siento como hermano no tengo que razonar, sino que espontáneamente obro como hermano. **El don de fortaleza** me da fuerza para actuar de tal manera que, una de dos, o al encontrarme tan fuerte disfruto actuando o, aunque incluso no disfrutara porque Dios no me hace saborear, el Espíritu Santo no me hace saborear las realidades sobrenaturales, tengo fuerzas para vivir conforme a ellas con espontaneidad y sin trabajo, aunque sea con dolor, con mal sabor de boca, por lo que decía antes.

Finalmente, **el don del temor de Dios** me hace sentir la grandeza de Dios; me hace sentir la grandeza de Dios que es mi Padre, la grandeza de Cristo que es el Esposo, la grandeza del Espíritu Santo que es el amigo íntimo que está viviendo conmigo; al ver su grandeza, por una lado, la respeto, pero al ver su grandeza tengo más confianza, veo más su amor, puesto que siendo infinito quiere ser amigo mío y amigo de

los demás y vivo, sin embargo, con esta postura de respeto, de veneración, de adoración, en una palabra; y por esto toda mi vida se va transformando espontáneamente, sin nada discurrir, como decimos en una de las plegaria litúrgicas [eucarísticas], se va transformando en una ofrenda continua.